

ediciones**carena**

Primera edición: junio de 2016

© Marc Ramos Bruach

© Ediciones Carena-Acidalia

c/Alpens, 31-33

08014 Barcelona

Tel. 934 310 283

www.edicionescarena.com

info@edicionescarena.com

Diseño cubierta: Cristina Alujas

Maquetación: Elena Serrano

ISBN: 978-84-16418-74-9

Depósito legal: B 12600-2016

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público.

El misterio del Bosque Gris

Primera parte de la saga

El árbol de las flores negras

Marc Ramos

I

Lupo bostezó bajo la luna creciente. Levantó la vista y observó las nubes que asomaban tras las cimas de los Montes Cercanos. Comprobó que, por otro lado, el cielo estaba, en gran parte, despejado. El resplandor blanquecino de las estrellas bañaba las ramas del Bosque Gris y guiaba las aves nocturnas por el Sendero Fangoso. El patio de girasoles brillaba cubierto por el rocío nocturno. Aquella noche no soplaba el viento y las cigarras no chirriaban, solo podía apreciarse el rumor lejano de los búhos en el cementerio de la aldea.

Se lamió la parte interior del muslo y volvió a reposar su hocico sobre sus patas. El can descansaba atado a una fría cadena de metal en el pequeño porche junto a la puerta del almacén donde también había un carro. La tranquilidad que reinaba aquella noche le mantenía sumido en sus pensamientos perrunos. Debía mantener su territorio bien marcado antes de que comenzase la primavera, antes de que el tiempo mejorase y que los demás cogieran ventaja. ¿Dónde había enterrado el hueso que su amo le había regalado?

El perro dirigió su mirada hacia la oscuridad del Bosque Gris. Algo había llamado su atención tras la valla del patio de girasoles. Se levantó sobre sus cuatro patas con los ojos despiertos y comenzó a ladrar. Fue entonces cuando el viento arreció y el clima pareció enloquecer. Los nubarrones que

amenazaban en las cumbres de las montañas aceleraron su movimiento hacia el pueblo y las ramas de los abetos temblaron al notar ese cambio repentino en el tiempo. Los arbustos buscaron cobijo en las sombras del Sendero Fangoso. Luego, arrancó la llovizna y una figura negra apareció súbitamente andando de forma siniestra por la calzada de barro.

Lupo levantó las orejas y comenzó a gruñir. Aquel ser lo inquietaba del mismo modo que lo atraía. El odio creció en él y mostró amenazadoramente sus colmillos a la sombra que deambulaba. Intentó salir corriendo para perseguirla, pero un tirón en el cuello le recordó que estaba apresado por el metal rígido. Lo intentó una vez más. Y otra. Ladraba a la cadena por no dejarle avanzar. Sus gritos tenían poca fuerza y, cada vez que ladraba, notaba la presencia de sangre sobre su lengua. La garganta se le secaba. La rabia le subió a la cabeza y sus sienes palpitaron con ímpetu. Estiró el cuello y la cadena comenzó a chirriar. El bastón que sujetaba el otro extremo de la cadena crujió. Sus ladridos se perdieron en el viento. Hincó los caninos en el gélido hierro hasta que sus encías comenzaron a sangrar, pero él no sentía dolor. Su único deseo era atrapar aquel ente. Ejecutó un brusco movimiento, hiriéndose así parte del cuello. Esa vez consiguió liberarse.

Aquel ser caminaba a paso lento, como si lo estuviese esperando, mientras Lupo le amenazaba con los ojos inyectados en sangre. El perro corrió hacia el pórtico del huerto y lo saltó, pero calculó mal debido a la poca luz y tropezó; impactó contra el barro helado. Lupo se incorporó sin mostrar señal de debilidad alguna. Prosiguió por el Sendero Fangoso y se dirigió hacia el Bosque Gris donde perdió su sombra, adentrándose en un lugar en el cual la luz de la estrellas no podía penetrar.

Sus ojos quedaron presos de la negrura, pero podía seguir el rastro maloliente que desprendía aquella figura. Oía una suave voz en su cabeza e, incomprensiblemente, podía entender algunas palabras. Aquella voz parecía hablar en un idioma universal.

Sufría un terrible dolor mientras avanzaba sobre aquel abrupto terreno, siguiendo la estela de su propia cólera, atravesando los senderos, esquivando rocas y saltando arbustos bajo el techo de ramas desnudas, sobre el suelo de hojas caídas. El viento allanaba su pelo oscuro mientras que una fuerza misteriosa lo empujaba contracorriente con el fin de acabar con ese ser del que estaba presa su alma. Tenía la necesidad de morderlo, de desgarrar su carne, de beber su sangre.

Observó una débil luz en medio de la penumbra e intentó ladrar, pero de sus fauces solo salieron unos sonidos roncoss seguidos de un bufido con el que limpió de sangre sus labios. De fondo se escuchaban más ladridos y gritos ahogados por la desesperación. Los hierbajos y las ramas secas le dañaban a medida que corría. Se hizo un sitio encima de una roca y miró la luz con el ojo que todavía podía abrir.

Cuando por fin veía concluida su persecución, observó cómo la luz desaparecía: todo un infortunio. Trató de saltar para sortear una brecha abierta en el suelo por raíces y cauces de agua, pero sus patas se trabaron con la cadena metálica que colgaba de su cuello. Su cuerpo dio media vuelta, pero su pata trasera, no. Al incorporarse, aulló. Su pata colgaba desencajada de su sitio. Se lamió el hueso que sobresalía en la parte externa de la extremidad. El dolor no importaba.

El bosque se volvió menos denso en los siguientes metros, dejando algún claro de luz. El pasaje ascendía por la ladera de

los Montes Cercanos. Su blanco seguía cerca, observándole, mirando sus pasos, y Lupo no le sacaba el hocico de encima. Anduvo cojo entre los arbustos, mirando al frente, bajo el plomizo cielo de aquella noche de invierno.

Al final del camino volvió a aparecer la luz, que se iba alejando cada vez más deprisa. Lupo aceleró su marcha. Se oyó un crujido. Sintió como los nervios se pinzaban bajo la articulación lesionada. Notaba una presión tras los ojos, y sus oídos dejaron de funcionar; solo escuchaba un pitido. Su jadeo constante se convirtió en un inútil intento por respirar. El camino ascendía y parecía no terminar. La luna creciente asomó entre las nubes y Lupo sacó la lengua y miró atrás. Le estaban siguiendo.

Consiguió llegar a la entrada de una cueva donde había vuelto a esconderse aquel inquietante destello. El pobre can sintió un hormigueo subiendo por su cola. Más tarde, sintió como si cientos de agujones le atravesasen la piel. No podía ladrar, no podía aullar, pero ya podía verla y con eso bastó para apaciguar el dolor.

Tenía delante lo que había estado anhelando: la sombra de su perdición.

—Al fin hemos llegado, criatura —dijo aquella voz en su cabeza—. Ahora, duerme.

Lupo se abalanzó sobre ella, pero esta se convirtió en humo negro. El animal aspiró el humo y se tumbó en el suelo, debilitado. Así terminó su cruzada, mientras aquella luz volvía a desaparecer dando paso a las tinieblas.

II

Donald Talonne entró en el comedor y estiró los brazos hacia arriba agarrando la muñeca izquierda con la mano derecha. Cambió de mano y profirió un leve sonido al hacer tal esfuerzo. El silencio todavía reinaba en el acogedor hogar antes de la salida del sol. Miró por la ventana y vio un tenue rubor en las laderas rocosas de los Montes Cercanos. La cima pintada de blanco denotaba que el frío persistía en las alturas. No se oía todavía el tropezar de los carros cruzando el Sendero Fangoso, ni tampoco el murmullo de los vecinos desayunando.

—La nieve va desapareciendo poco a poco —dijo el campesino entrecerrando los ojos, aún sensibles a la luz—. El invierno está terminando, por fin. Ya no falta mucho para que los cerezos de la ciudad vuelvan a florecer.

Sonrió y cogió un tarro que contenía Deliciosa Miel para dar un toque dulce a su brebaje caliente. Los platos estaban en el armario inferior. Al abrirlo, un insecto pequeño y redondo salió corriendo hacia la luz del exterior. Dudó un instante, dejó dos platos sobre el mueble y escogió dos tazas de las que reposaban en el estante superior.

Ronald Palmer cruzó el umbral de la cámara con el sueño sobre los hombros.

—Buenos días —saludó, con los brazos en jarras.

—¿Qué hay, Ron? —contestó Donald, mientras tostaba unos pedazos de pan en el fuego del hogar.

Se sentaron para tomar el primer desayuno de la jornada. Ronald se zampó un par de bollos mientras Donald se servía la infusión y untaba manteca en el pan tostado.

—¿Has dormido bien? —preguntó Donald.

—Sí, después de todo. —Suspiró después de engullir la comida, frotándose los hombros por el frío—. Brigitte preguntó por ti ayer noche, marchaste tan rápido.

—Estaba cansado, Ron. ¿Qué te dijo? —Se frotó el cabello.

—No lo recuerdo, pero creo que le caíste bastante bien. —El campesino sonrió y unos hoyuelos se le marcaron en las mejillas—. Es una lástima.

—¿El qué? —dijo tras beber el zumo. Sopló un par de pelos que le habían quedado entre sus dedos.

—Que se haya marchado al sur de nuevo a trabajar. ¿Recuerdas? Solamente estaba en Forbbings durante una semana.

Trató de llegar a las tostadas situadas en la encimera de la cocina alargando el brazo hacia atrás. Las dos patas que soportaban entonces el peso del campesino crujieron. El gallo del vecino emitió su característico canto matinal. Ronald volvió a su posición inicial con una tostada entre los dientes.

—Visto y no visto —dijo Donald, recostándose en la silla de madera—. De todas formas, no habríamos llegado a ninguna parte. —Donald observó su reflejo en la ventana—. Eres tú el que quiere una familia.

—Y así poder ser feliz. ¿Acaso no quieres serlo?

“Claro, como todo el mundo”, pensó.

Mientras guardaban los utensilios limpios en los cajones,

oyeron un grito proveniente del Sendero Fangoso. Ambos campesinos se miraron, confusos. Un poco más tarde creció un notable murmullo en el exterior. Se echaron las capas de invierno sobre los hombros y salieron de casa lo más rápido que pudieron. Donald descolgó su preciado sombrero. Era de los pocos recuerdos que conservaba de su padre antes de que este muriese, ya que sucedió cuando él era demasiado pequeño como para recordar nada. Cruzaron el portal principal que daba al jardín de girasoles y miraron alrededor. Ronald se dirigió al porche.

—¡Lupo? —exclamó el campesino.

Un poco de vaho surgió de su boca. Entonces señaló el poste arrancado del suelo, allí donde había estado atado el can.

—Se ha soltado.

—¡Qué está pasando? —gritó el vecino de enfrente adelantando sus pasos con la ayuda de un bastón.

Donald cruzó el Sendero Fangoso para establecer contacto visual con el causante de la alarma general. Desde allí no lograba ver lo que estaba sucediendo. Notó una mano agarrando su antebrazo y una mirada de desconfianza y enojo hacia su persona. Francis, el vecino, le preguntó si sabía qué demonios estaba ocurriendo. El anciano se había cubierto con una manta para salir al exterior y se abrazaba a ella para mantenerse caliente. Donald le observó. Las arrugas de la cara parecían más marcadas a primera hora de la mañana. Ron seguía dando vueltas a la casa gritando el nombre de Lupo. Recordó el golpeteo de las gotas de lluvia en la madrugada, el arreciar del viento tras la ventana y una sensación de frío que le había obligado a abrir los ojos una y otra vez para comprobar que seguía cerrada. Finalmente, Donald dijo que

recordaba haber oído unos ladridos en la lejanía, pero estaba muy cansado como para levantarse. Al amanecer todo le había parecido bastante tranquilo hasta que habían oído los gritos. Al parecer, Lupo no había sido el único perro fugado del vecindario. En el Sendero Fangoso había, como mínimo, un perro en cada casa, y servían para compensar la ineficacia de los Guardias como vigías nocturnos. También tenían la misión de guardar la casa durante las largas estancias de sus dueños en los campos recolectando frutas, regando y limpiando los jardines, los huertos y los árboles; o quizás, simplemente, mientras iban al pueblo a hacer las compras o a verse con sus amigos. Solamente Francis no poseía ningún can guardián que escoltara sus cultivos, aun siendo propietario de las mejores tierras, ya que estaban localizadas en la zona que gozaba de una exposición más prolongada al sol. Su perra era pequeña y, aunque era rabiosa y estaba llena de vigorosidad, nada podría hacer ante algún ladrón o maleante por muy flacucho que fuera.

—Si descubro dónde se encuentra Lupo, os aviso. No os preocupéis.

Don agradeció la ayuda de Francis y el anciano regresó a su morada. Se dio la vuelta y vio a su amigo orientando sus pasos hacia el sendero del Bosque Gris.

—¿Dónde vas? —le dijo.

—Lupo ha huido en esa dirección —anunció señalando con el dedo las fúnebres ramas.

Don siguió los pasos de su amigo advirtiéndole de los peligros del Bosque.

—¡Qué sabrás tú del Bosque Gris! —gritó Ronald.

—Nadie sabe nada, pero es peligroso, ¡está prohibido entrar

allí! —dijo su amigo—. ¡Mira, algo sucede en el Sendero Fangoso! —gritó Donald. Su compañero se detuvo y miró hacia el grupo de gente que se había reunido en el camino.

Una formación de jinetes vestidos con chalecos verdes y guantes blancos llegó al lugar de los hechos. Eran un grupo de la Guardia, organización que se encargaba de mantener el orden y de la vigilancia en aquella zona baja de la ciudad de Forbbings. Su trabajo como agentes de la seguridad de aquella comunidad agrícola y de los campos de cultivo era bastante ineficiente. En su arrogancia al hablar se distinguía cierto acento noble que jamás habían logrado alcanzar. Era algo que habían adoptado como propio pero que imitaban por celos. Los que vivían allí, en las faldas de los Montes Cercanos, veían a los Guardias de vez en cuando haciendo la ronda. No obstante, corría el rumor de que, a menudo, la diligencia liderada por Larry, capataz de la Guardia en Forbbings, partía rumbo a las Minas, el pueblo vecino, para realizar reuniones secretas.

—¿Qué dice, que los perros se han escapado? —preguntó uno de los Guardias a un campesino. El hombre trató de contestar, pero estaba nervioso y las palabras salían temblorosas de su boca—. Cállese, por favor, nosotros nos encargaremos, pero cuénteme qué ha pasado.

Los campesinos reconocieron a aquel hombre: era Vincent Hawk. Su perro se llamaba Rusty y era un holgazán. La familia Hawk no había oído sonido alguno durante la noche pese a los indicios dejados por la locura del perro. Fuera había un panorama parecido al que los campesinos Donald y Ron habían encontrado en su patio de girasoles: huellas en el suelo, sangre, maderas partidas y un rastro perceptible en el aún húmedo suelo del Sendero Fangoso, hacia el Bosque Gris.

—Solo los que no pudieron escapar de las cadenas se han quedado, pero se comportan de un modo muy raro —expresó el señor Hawk, con miedo en la mirada—. Solo queda odio en ellos, se han vuelto locos. ¡Creo que están endemoniados!

Entre la multitud, estaban los restos del único perro que no consiguió escapar del pueblo. Seguía vivo pero era un perro viejo y gordo y su cuerpo soportaría mucho más. Apenas podía respirar, sus amos miraban con tristeza el inevitable final. La Guardia había creado un perímetro a su alrededor y el capitán Larry puso fin a su sufrimiento.

Lupo había desaparecido, igual que la mayoría de los demás canes. Ronald tenía mucho aprecio a su perro, lo había cuidado y le había proporcionado cobijo desde que nació. Lupo solía pasear junto a su amo con la lengua fuera, escuchando su voz y mirándolo mientras el campesino recogía las verduras en el huerto o regaba los girasoles en el jardín durante las jornadas de labor. El campesino solía entonar algunos cánticos populares que los peregrinos de la zona le habían enseñado, sobre todo los que trataban sobre la vida de campesino. Siempre que los campesinos regresaban con el carro de la taberna de Beerton, situada más allá de la Plaza del Templo y del mercado, el perro corría hacia Ronald meneando la cola, alegre de verle de nuevo sano y salvo. Mientras, Donald aparcaba el carro e iba a dejar el caballo en el establo de la zona agrícola.

Ronald, al ver aquel pobre perro que perdía la vida, sintió un gran pesar. Solo quería encontrar a su amigo.

—¡Eh tú! No cruces el umbral del Bosque, sabes que no hay que penetrar en sus sombras —exclamó el Guardia haciendo un gesto con la mano para que volviese—. Si esos perros están

allí dentro, da por sentado que no regresarán, muchacho, no es lugar para dar un paseo.

Ron retrocedió.

—No pudieron escapar todos de golpe y porque sí —dijo el campesino, tratando de buscar una razón—. No es comprensible.

—Vamos Ronald, vayamos a dar un vuelta por Forbbings, quizás esté vagando por la zona amurallada —dijo Donald para calmarlo.

Asintió, refunfuñando. El sol se hizo un sitio en lo alto del cielo entrada la mañana. Hacía un día agradable y radiante, que contrastaba con la tristeza que se respiraba en el Sendero Fangoso aquella desdichada mañana. Camino de Forbbings, se cruzaron con otros vecinos que estaban visiblemente afectados por la pérdida de sus perros guardianes.

Ronald estaba desolado y temía haber perdido a Lupo para siempre. Donald se apoyaba, por un lado, con un bastón de madera, y por el otro, en el hombro de Ron. El campesino se había lesionado la rodilla arreglando el tejado del almacén, que había caído debido a la última ventisca. Los llantos y el ajetreo de la Guardia les acompañaron hasta que llegaron a las puertas de la muralla que rodeaba el recinto. Fue un desagradable paseo.

Atravesaron el gran arco que separaba la zona campestre de la urbe, segura dentro de las firmes paredes de roca gris, y encararon la famosa Avenida Principal, que se alargaba ante ellos como una abrupta y alargada alfombra de losas grises. Era una recta que conducía a los principales lugares de interés comercial del pueblo y se solía recorrer en carro debido a su longitud. Ronald silbó al viento esperando oír el ladrido

familiar o ver aquel perro de pelo oscuro al cual tenía tanto afecto. Pero no obtuvo respuestas.

Se puso nostálgico al recordar las caminatas con su fiel amigo recorriendo aquel lugar tan encantador, y se secó las lágrimas con las mangas de su camisa. Donald saludó a la florista del pueblo doblando el ala de su sombrero. Se llamaba Bárbara y era la esposa de Henry, conocido artesano con increíbles dotes de reparación de carruajes y construcción de muebles diversos. Los campesinos le conocían bien y sus muebles pasaban por manos del carpintero periódicamente.

—Estamos buscando nuestro perro, ¿lo has visto por aquí? —preguntó Donald—. Lupo se ha escapado esta madrugada igual que todos los demás animales del Sendero Fangoso. Estamos muy preocupados.

La mujer negó con la cabeza y añadió que había escuchado a algunos Guardias hablar sobre aquel suceso. Ellos le agradecieron la ayuda y ella les regaló un pequeño ramo de alaneas, flores autóctonas de colores apagados que solían usarse en ceremonias fúnebres. Siguieron caminando por la avenida, buscando en cada recodo y preguntando en cada edificio. Donald sintió cómo se intensificaba el dolor de la pierna. Se tocó la rodilla y suspiró. Evitó que el sombrero de su padre saliese volando poniéndose la mano en la cabeza. Se avecinaba una fuerte racha del norte.

Ronald seguía acongojado. Lupo debía de estar en el Bosque Gris. Era un lugar maldito donde los árboles jamás tuvieron hojas ni flores. Tenía el convencimiento de que los perros del pueblo habían caído presos de un malvado individuo que los había arrastrado hacia allí. Existía una leyenda popular que Ron Palmer había escuchado miles de veces y que seguía sin

tener, para él, ningún sentido. Dicen que el mismísimo miedo se perdió entre sus sendas olvidadas y quedó allí atrapado para siempre. Desde entonces, los pocos valientes que habían visto las entrañas del Bosque Gris habían sufrido consecuencias fatales, ya fueran físicas o mentales.

Pero Ron no tenía miedo, tenía claro que su cariño por Lupo prevalecía con creces al temor hacia una desdichada arboleda.

Oyeron un zumbido al pasar por delante de la central de la Guardia. Algo pequeño y brillante se posó en el alféizar de la ventana del primer piso. Parecía observarles.

—¿Qué es aquello? Fíjate qué colores tan preciosos, Ronald —dijo Don, perplejo al ver aquel insecto volador rondando por las calles de Forbbings—. Brilla bajo la luz del sol, es extraordinario.

—¡Esa cosa? —exclamó—. Un bicho al que mejor le acompaña el sinónimo de *repugnante*. —Ron no era muy amante de los insectos, más bien los odiaba, y en esos momentos no estaba dispuesto a soportar a uno—. ¡Lupo, bonito, ven! —siguió gritando.

Más allá de sus pasos se encontraba la Plaza del Templo. Era un lugar de reunión y tertulia. Lindos cerezos la decoraban. Los ajetreados lugareños encontraban siempre un momento para sentarse en sus cómodos bancos y charlar, reír y, a veces, cantar. Pocos sitios como ese gozaban de un suelo tan bien pavimentado fuera de la zona noble, donde se encontraba el sendero de piedra. Losas desiguales de colores cálidos formaban circunferencias concéntricas de diferentes tonalidades. Había sido reformada hacía varios años, después de que una violenta e inusual tormenta la destrozase. El edificio religioso, que se encuentra en el lado sur, se construyó para que los fieles

podieran rezar a la única divinidad que la comunidad religiosa de Tartamian contemplaba.

El melancólico campesino recordó los atardeceres tras la labor, sentados en los bancos de la Plaza, mientras Lupo corría y jugaba por allí con los otros perros del Sendero Fangoso. Echaron un vistazo para ver si, por fortuna, lo hallaban corriendo tras las palomas o saltando para tratar de cazar algún molesto insecto primaveral. A Lupo le gustaba que le lanzasen palos para que los fuera a buscar, que le acariciaran detrás de las orejas, que le rascaran la barriga. Que le llamaran Lupin. Era muy simpático con todos y muy juguetón.

Pero no había rastro de Lupo.

En la Plaza se encontraba Joe Quinton, un anciano que había viajado por todos los rincones de Tartamian y que siempre estaba dispuesto a relatar sus arriesgadas y extrañas experiencias. Con sus disparatadas historias, se había ganado el respeto de los colegas artesanos, que escuchaban atentos sus narraciones. Era el padre de Henry Quinton, el amigo de los campesinos. Introdujo a su hijo en el negocio familiar de la artesanía para el pueblo y le instruyó en el arte de la ebanistería y la construcción de estructuras.

—Cogí la caña aquel día sin muchas esperanzas de pescar nada —decía Joe. En aquel momento estaba narrando una de sus famosas aventuras. Tenía en mente la imagen de lugares lejanos que pocos habían visto y las conversaciones que había tenido con gente de pueblos distantes, con la que había intercambiado muchos conocimientos acerca de la carpintería y la construcción. Pero algunos eran los que, a sus espaldas, susurraban que todo aquello que decía no era más que palabrería e invenciones. A los campesinos, que habían

escuchado varias de sus fascinantes historias, les gustaba creer que aquello era cierto y que, algún día, quizás, ellos lo podrían vivir en sus propias carnes—. Las aguas del río Piggert eran transparentes, podía distinguir las bogas y las carpas bajo las ondulaciones, así que decidí lanzar mi cebo y, luego, esperé que alguno de los esquivos peces mordiera el anzuelo.

—¿Y picaron? —preguntó un hombre con un sombrero de paja y camisa de rayas azules.

—¡Ya os dije que no tenía esperanzas de pescar nada! —gritó y todos rieron a carcajadas—. Bien, pues estuve varias horas aguardando en mi bote, mirando a través de las ondulaciones. Mientras el sol se ocultaba tras los Montes Triángulo y recogía mis bártulos para irme de allí, ocurrió algo sorprendente que me dejó totalmente helado.

—Dinos, ¿qué fue, Joe, qué fue? —Querían saber sus espectadores con ansias. Pero la sombra de los campesinos se proyectó sobre ellos y Joe Quinton quiso saludarles.

—Muchachos del Sendero Fangoso, ¿qué os trae en esta mañana radiante? —dijo Joe, cortando su narración.

—Varios perros se han escapado de nuestras casas —dijo Donald—. En el Sendero Fangoso hay una gran confusión.

—¿Qué me dices? —preguntó el hombre de la ropa de rayas azules—. Vaya, no sabíamos nada.

—Así que, ¿dices que han huido? —preguntó Joe—. Porque eso sí que es extraño.

—¿Por casualidad no habréis visto a Lupo? —preguntó Ronald. Todos negaron con la cabeza.

—¿Qué hora es? —preguntó Joe a uno de sus compañeros—. ¿Las diez ya? Vaya, había quedado con mi hijo, pues debíamos terminar un encargo de Francis. Bueno, muchachos, os deseo

suerte y que encontréis vuestro querido perro. Yo también lo apreciaba, ¡qué desastre! Lo siento de veras, Ron.

—Muchas gracias, señor Quinton —dijo Ronald, y se despidieron de todos.

Un poco más arriba, subiendo la escalinata que gira alrededor del Templo, era donde se encontraba la taberna más concurrida de Forbbings, el Bravo Cook. De su peculiar rótulo colgaban dos jarras de cerveza que brindaban al viento que las zarandeaba. Donald hizo un gesto con la cabeza señalando el local, al cual Ronald asintió levantando los hombros. En este tugurio, oscuro y pestilente, se encontraba un personaje entrañable y alegre, Beerton Fingus. Era, precisamente, el propietario del lugar y también muy amigo de los padres de Donald y Ronald, que fueron dos de sus clientes habituales. En los buenos momentos era un lugar apacible donde pasar una feliz velada. Sus mesas redondas y sus incómodos taburetes, su buen ambiente y la gran calidad de sus productos hacían de aquel local algo más que una simple taberna. Era la taberna de Forbbings.

La campanilla sonó al abrirse la puerta. Colgaron las capas y sombreros en los percheros de la entrada. Beerton les saludó con entusiasmo. Estaba dotado de un bigote mayúsculo y un poco de pelo pelirrojo asomaba detrás de la ancha frente con profundas entradas. El caso es que no le gustaba que le llamasen calvo. Frotaba la barra con un paño marrón recogiendo las migajas de pan que se habían desprendido de los bocados de sus anteriores clientes. Las mesas del centro estaban vacías, aunque se podían observar, a contraluz, varias marcas circulares que habían dejado las jarras que para entonces estaban en el fregadero, a punto para ser limpiadas. Más al fondo, donde podía observarse la Avenida Principal a través de un ventanal,

varios herreros del Pasaje Paralelo se apresuraban para tomarse el caldo de tres verduras que Beerton había popularizado durante el frío invierno. Las cortinas estaban abiertas y se podía vislumbrar cierto ajeteo en el exterior, pues los jinetes de la Guardia habían tropezado, aquella mañana, con un mal asunto que solventar.

Los campesinos acomodaron sus traseros en los asientos de madera situados en la barra, junto a un ebrio personaje que murmuraba, enojado.

—Señores campesinos, buenos días —dijo Beerton con amabilidad. Se frotó el bigote con la punta de los dedos mientras sonreía con los ojos entrecerrados.

—Hola, ¿nos sirves un par de zumos de naranja, por favor? —preguntó Ron.

—Del mejor, ¡sí, señor, ahora mismo! —rio el hombre—. Vaya, Don, veo que no andas demasiado bien. ¿Qué te ocurre?

—Este dolor en la rodilla no parece querer dejarme —aclaró Donald. Agarró el vaso que le sirvió el tabernero.

Beerton chasqueó los labios con pena, mientras llenaba de zumo el siguiente vaso para el mustio campesino. Beerton le preguntó a qué se debía aquella cara tan larga, así que Ronald Palmer dialogó con el tabernero para averiguar si había tenido noticias sobre su perro. Mientras, Donald miró al hombre que tenía a su lado. Tenía la cara muy sucia y la mirada, perdida en una botella. El individuo susurró algo en voz baja.

—Bajo mi espada está el enemigo, pero no acierto y le araño el yelmo. Una voz me grita “¡Tom, inepto!” y me aparta de un empujón.

—No te tortures con tus antiguas batallas, Tom —dijo Donald.

—“Tom, inepto, siempre vas bebido”—decía balbuceando—. No perdimos aquella batalla, pero yo sí perdí la mía. Allí terminó con mi vida.

—Estar bajo los servicios del rey no es una buena vida —opinó Donald.

—En la mano derecha, una botella; y en la otra, mi espada. Así es como se reían de mí —susurró.

—No creo que la bebida te ayude a olvidar mucho —observó el campesino echando un trago.

—No bebo para dejarlo atrás —dijo Tom girándose hacia el campesino con un ojo más abierto que el otro—. La bebida fue la razón por la que me rechazaron de la escuela de caballeros. Comencé después de ser abandonado por mi único amor.

—Lo siento mucho —dijo Donald, posando su mano sobre su hombro—. Creía que ibas a batallas como un valiente guerrero —añadió Donald incorporándose en el asiento.

—Tengo alma de guerrero, eso lo sé, pero la tengo emborrachada todo el día. —Entonces dio otro trago antes empezar con otro discurso sobre cuánto odiaba a la Guardia y al rey.

Tom era cliente habitual, quizás demasiado habitual, del Bravo Cook. No podía decirse que viviera en la taberna, ya que no pasaba allí la noche, pero era el lugar donde uno podía siempre encontrarle. Herida su dignidad tras fracasar en el intento de alistarse en las tropas del rey, estaba envuelto por la triste sombra de un soldado alcohólico sin presente ni futuro. Beerton era un buen hombre, siempre intentaba animarle y darle buenos consejos, pero su mente cerrada no era capaz de aceptar la compasión de los demás ni de hacer posible una nueva vida, pues él solo quería luchar por lo que

amaba (la aldea de Forbbings) y daría su vida por salvar a sus gentes del enemigo y guardar la población del invasor. Pero el fracaso le hizo bajar la cabeza y su vida se convirtió en una ebria lucha por merecer todas aquellas batallas en las que nunca participó.

—En fin, Ron, siento no haber sido de gran ayuda —se despidió Beerton—. Pero no te preocupes, estoy seguro de que, al final, todo se arreglará —le guiñó el ojo—. Tened un buen día.

Salieron de la taberna poco después. El viento arreció en la Avenida Principal. Ronald se ató la capucha sobre la cabeza, Donald se agarró bien al sombrero de su padre y siguieron andando hacia el sur. Ron sabía que Lupo no se encontraba dentro de las murallas, sino fuera de ellas, más allá, incluso, del pueblo. Creía que en aquellas malditas sendas del Bosque Gris era más probable encontrarlo.

—¡Mira, aquel insecto de nuevo, cruzando el cielo! —dijo Donald, señalando el bicho, el mismo que vieron en la Avenida Principal.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso nos está siguiendo? —dijo Ron, ya malhumorado—. Detesto los insectos.

A falta de unos pocos metros para cruzar el umbral de la zona noble, donde se encontraba el sendero de piedra que conducía al castillo real, un ruido hizo girar la cabeza a los campesinos. Un carro pasó junto a ellos y se detuvo. El conductor les sonrió y les saludó con la mano. Era Henry.

—¿Os llevo, muchachos del Sendero Fangoso?

Ambos asintieron, viendo finalizada la búsqueda. Ron echó una mano a su malherido amigo, que soltó un quejido cuando puso el primer pie sobre la parte trasera del carro.

Ron le empujó con delicadeza y Henry se apuró para coger al campesino de la mano y tirar de él.

—¡Gracias, Henry! —dijo Donald—. Estoy cansado y dolorido.

—Mi padre me ha puesto al corriente. Siento mucho lo de Lupo, ese grandullón era increíble.

—Sabemos donde están, pero no podemos hacer nada. Había un rastro claro que conducía desde el Sendero Fangoso hasta el linde del Bosque Gris —afirmó Ron.

—¿Creéis que han marchado todos los perros en esa dirección?

—No estamos seguros, pero es muy probable —dijo Ronald con convicción.

—Es un asunto de lo más extraño. Es muy peligroso adentrarse en ese Bosque, así que me temo que no haya nada que hacer —aseguró Henry.

Agitó las riendas y animó a los caballos para que avanzasen por el camino empedrado. Dieron la vuelta por el Pasaje Paralelo, que descendía por la izquierda del Templo hasta la Plaza y seguía hasta el barrio de los herreros.

—¿Estás atareado aún con el carro de Francis? —dijo Donald, mientras giraba a la derecha, para retomar la Avenida Principal.

—Debo pasar un poco la brocha para terminar el acabado exterior y estará listo —dijo, sonriente, tirando de las riendas—. Mi padre me ha echado una mano esta mañana, pues no podía cambiar ciertas piezas yo solo. Ha sido agotador.

— Ya han pasado casi cinco años, así que ha llegado el momento de que revises el nuestro también —dijo Donald.

—No os preocupéis, seréis los próximos —aseguró Henry. Forbbings gozaba de calles anchas por las que los carros

podían circular sin estorbar a los transeúntes. Henry saludó caballerosamente a su mujer, quien vendía bonitas flores a unas clientas en su tienda. La mujer le recordó que debía ir a comprar cebollas y tomates para preparar la comida y después ir a buscar a Oliver, su hijo.

Ronald colgó el candil en el pedestal de la puerta del jardín de girasoles y golpeó la portezuela de madera en un acto de rabia y tristeza por no haber dado con su querida mascota. Acarició sus preciadas flores mirando el cielo pintado con finas nubes que se desplazaban hacia el este, y frotó los zapatos contra el suelo antes de entrar en casa. Encendieron el fuego para mantener cálido el salón en aquella jornada de finales de invierno. Pasearon por los caminos exteriores de los campos, desde donde podían verse las Minas de Forbbings al este, detrás de la casa de Francis. Donald tenía un mal presentimiento acerca del suceso con los perros, algo estaba ocurriendo en el Bosque Gris.

Lo sabía, porque lo había visto en los sueños.

Las sombras lo atrapaban en un cerco sin salida, y un ser que parecía surgido del infierno caminaba hacia él lentamente, haciendo ruidos escalofriantes. Estaba cubierto por un manto destrozado, como si hubiera salido de una encarnizada batalla. Una capucha cubría su rostro, sumergido en las tinieblas. Avanzaba sin siquiera tocar el suelo, deslizándose suavemente sobre la superficie, elevado sobre una bruma espesa y violeta. En la entrada del bosque maldito algo gigantesco y extraordinario salía del suelo removiendo la tierra y provocando el caos. El campesino perdía el equilibrio y caía al suelo seco y frío del Sendero Fangoso. Una compleja estructura se alzaba hasta alturas imposibles de medir,

cruzando los nubarrones y cortando el aire a su paso. El cielo se tornaba rojizo. Luego, miles de encarnados entes volaban en todas direcciones arrasando las tierras, destruyendo el mundo. Después, aquel ser maléfico mostraba su tez ante la horrorizada mirada del aldeano que retrasaba sus pasos torpemente por los quebrantados caminos. Se fijaba en sus ojos, atados por los párpados con un tosco alambre que atravesaba la fina piel y prevenía que el esquelético espécimen pudiera abrirlos. Entonces, el misterioso ser comenzaba a arrancarse las ataduras y un rayo de luz emergía vivaz de los orificios oculares para proyectar en la mente del campesino una imagen del pasado: un hombre con túnica corría por senderos oscuros, acompañado por otro individuo con semejante apariencia. Perseguían a alguien que huía entre los árboles y arbustos de un paraje que Don no había visto nunca. Entonces, el camino se dividía en dos y cada cual iba por uno distinto a fin de encontrar su esquivo presa. En una cueva pequeña del camino de la izquierda se producía una especie de explosión y, después, un rugido atronador se alzaba sobre los árboles moribundos. La figura oscura, después de su intento fallido por escapar, se desvanecía en la entrada de la caverna mientras su cazador avanzaba lentamente y caía, posteriormente, en el suelo, debilitado.

—¿Sabes qué se siente cuando estás muerto, pero sigues entre los vivos? —El temible ente se cubría con una neblina violeta mientras soltaba una carcajada y, poco más tarde, parecía agonizar.

Luego, Donald se despertaba agitado y sudoroso.

No llegaba a comprender la relación que había entre aquella pesadilla con el inquietante suceso de los perros. Pero algo que

sabía con certeza era que las pesadillas que lo aterrorizaban no las había creado su imaginación, si no que iban más allá de lo meramente imaginable: escondían un mensaje inequívoco aunque a él le resultaba difícil de comprender.

La noche llegó sin avisar. El sol desapareció tras el horizonte y la luna tomó, entonces, el relevo celestial. Los campesinos descansaban en sus habitaciones, después de haber laborado durante la tarde de aquel día tan dramático. Miraban cómo los girasoles se mecían al compás del viento, a través de la ventana de cortinas azules. Aunque no se veían, podían hablar a través de las paredes.

—¿Sigues despierto? —preguntó Ron.

—Sí, dime.

—Lupo fue el último regalo de mis padres, antes de que, en fin, también se fueran —dijo Ronald sollozando—. ¿Lupin, quién te ha podido hacer esto?

Donald se incorporó en la cama, miró por la ventana y se levantó para ir a la habitación de su amigo. Dándole ánimos, le dijo:

—Vayamos a buscarlo. —Su amigo le miró sin terminar de creer lo que oía. Aunque lo que más deseaba Ron en ese momento era volver a ver su can, temía por lo que podía suceder en el Bosque Gris—. Que las prohibiciones y las pesadillas no nos detengan en nuestra empresa.

Ronald se quedó unos segundos en silencio, tratando de creer lo que había oído decir a su compañero. Finalmente, soltó una carcajada.

—Gracias, Donald, eres muy valiente —dijo Ron.

Por otro lado, Donald tenía otra cosa en mente. El campesino no podía dejar de pensar en lo que estaba ocurriendo en aquel

bosque prohibido. En su sueño estaba la clave para entenderlo, pero debía verlo con sus propios ojos.

La siguiente noche la luna estuvo oculta por las nubes. Después de un día extraño, conocido desde entonces como el primer día sin ladridos en el Sendero Fangoso, la oscuridad era casi perfecta. Dejaron el candil de la entrada encendido para confundir a los vecinos y Ronald cogió el que guardaban en el almacén para alumbrar el (seguramente) oscuro viaje que les aguardaba. Ya no había perros custodiando las casas y la Guardia, por el momento, no rondaba por allí aquella fría noche, así que avanzaron con rapidez para que ningún vecino los avistase.

Salieron por el portón trasero que conducía al huerto sin hacer mucho ruido. La entrada principal del Bosque estaba a la vista así que decidieron caminar por los senderos exteriores de los campos. Debían esconderse de la mirada de Francis que, a aquellas horas, solía dar un paseo nocturno fumando pipa. Los altos tallos de los cultivos les proporcionaron buen cobijo y entraron en el Bosque Gris, un lugar inhóspito y de pesadilla.